

De lo feo y sus vecindades

Fr. Nelson Medina

1. Una definición difícil

No es tan fácil definir qué es algo feo o en qué consiste la fealdad. Tal vez la primera palabra que viene a la mente es "desproporción." Lo feo es desproporcionado; peca por exceso o por defecto.

Según eso, uno esperaría que lo feo siguiera una regla sencilla: a mayor desproporción, mayor fealdad. La cosa no es tan sencilla. Si tomamos un rostro bello y lo sometemos a un poco de desproporción obtenemos un rostro feo. Pero si la desproporción se hace de modo extremo, por ejemplo, rompiendo la imagen en un millón de pedazos luego colocados al azar, lo que queda ya no es un rostro y por consiguiente tampoco es un rostro feo.

Esto significa que lo feo requiere una desproporción dentro de ciertos límites, o si se permite la expresión, una desproporción proporcionada. Cosa que implica que en el margen de lo que llamamos "feo" puede darse una nueva forma de armonía o de proporción, es decir, lo que es propio de la belleza. Esto produce un resultado paradójico que todos conocemos: lo que para una persona es fealdad consumada para otra puede ser un encanto escondido. Un lunar, por ejemplo, debería ser considerado una imperfección pero hay personas cuyos lunares parece que las hacen más encantadoras.

Cabe entonces preguntarse si existe lo que sea feo para todo el mundo, sobre todo porque la fealdad y la hermosura son mucho menos accesorias de lo que solemos creer. La belleza tiene poder porque despierta amor. La fealdad tiene poder porque despierta en nosotros una reacción de protegernos --porque nos amamos. Belleza y fealdad tienen que ver con el amor, y el amor tiene que ver con todo en la vida.

Así pues, la pregunta si hay algo detestable o feo para todos equivale a si hay algo que todos quisieran rechazar. Este es el punto en que la estética se toca con la metafísica.

2. Estética y Metafísica

Aparentemente el terreno de los gustos es del todo subjetivo, según aquello de que entre gustos no hay disgustos. Sin embargo, uno ve que si una persona se afianza en ciertos gustos, tarde o temprano eso trae consecuencias. Hay estudios sobre ese tema desde diversos ángulos. Una película reciente en Irlanda explora muy a fondo el caso de una mujer que se interesa por las imágenes de personas muriendo. La suya es una especie de necrofilia estética. Toda la cinta es seguirle la pista a ese "gusto" por la muerte y sus devastadoras consecuencias.

Algo parecido puede decirse, según parece, de la pornografía. A pesar de la idea de que es cosa de adultos que obran "libremente," la experiencia muestra que el gusto por lo que produce placer instantáneo y sin vínculo o responsabilidad termina ligado a diversas formas de depravación y finalmente al abuso de niños o explotación de países o culturas pobres. El mapa del turismo sexual es el mapa de la pobreza.

Para mí, lo mismo que para muchísima gente, es claro que existe lo repugnante "en sí mismo," por así decirlo, y pienso que es algo que está siempre relacionado con la maldad, o más particularmente con el amor a la maldad. Sin embargo, esa no es una buena noticia para el mercado, que es algo así como el ídolo dominante de nuestro tiempo. Al mercado le conviene que todo se venda, y que si hay gente que quiere videos de violaciones de niños, pues que esa gente pague y obtendrá lo que quiera.

No es nueva, de hecho, la idea de explotar lo grotesco. Basta recorrer la historia de los espectáculos del coliseo romano para extrañarse de la capacidad humana para el sadismo. Uno termina por preguntarse en dónde radica la atracción de lo repugnante, a pesar de que etimológicamente lo "re-pugnante" es aquello que nos golpea y aleja.

Sin embargo, es posible explicar hasta un cierto punto esa pasión por lo deforme, que aparece en tantas personas y circunstancias. Tiene que ver con la exploración de los contornos del ser. Incluso el sádico más perverso no escapa del deseo de hallar lo que Heidegger llamaba "la casa del ser."

En esta línea va Santo Tomás cuando dice que hay algo que uno no puede dejar de desear: una de las afirmaciones más sorprendentes o quizá chocantes para nuestro tiempo. Uno no puede dejar de desear el bien, bajo alguno de sus aspectos. Así enseña Tomás. El peor de los villanos busca hallar un límite, o ejercer un poder, o

apropiarse de alguien, pero en su crueldad, rebeldía o escape hacia la locura, como en Nietzsche, sigue queriendo alguna forma de bien. Un bien parcial, mutilado, enajenado, desfigurado... pero un bien.

Ese bien, afirma Tomás, tiene siempre una relación con el ser, hasta el punto que incluso quien busca quitarse el ser toma su extrema decisión porque le parece preferible a algo, y en el acto de preferir está buscando algún modo de bien para su alma atormentada.

Según todo ello, lo más parecido a la fealdad absoluta sería la resolución coherente de perseguir la nada y negar el sentido y la posibilidad a todo lo bueno. El problema es que esa fealdad requiere inteligencia y voluntad perseverante, por lo que viene a resultar que incluso quienes toman esos caminos, como decir, los demonios o las personas que han sido llamadas genios del mal, necesitan primero ser muy buenos en muchas cosas, para poder deformarse. Hay una tradición fuerte en la teología católica que piensa que el Anticristo tendrá que ser una persona así: notable y sobresaliente pero interiormente deforme y malintencionada.

Lo cierto entonces, y de nuevo estamos del lado del santo de Aquino, es que no hay un ser "absoluto negativo," al modo que Dios es un "absoluto positivo." Pero no hemos perdido nuestro tiempo: hemos descubierto cuántas cosas unen lo estético, lo moral y lo metafísico.

3.El arte de lo feo

El recurso a lo tradicionalmente considerado como feo ha sido un ingrediente cada vez más presente en algunas actividades artísticas. La literatura latinoamericana tuvo su "nadaísmo" y Francia su Baudelaire y su Verlaine. El mundo anglosajón ha conocido el rock metálico y satánico, y los videos de decapitaciones tienen siempre amplio público en Internet.

Ser o parecer malo, violento, es casi una aduana obligada para millones de jóvenes, que se visten con calaveras o marcan su piel con tatuajes chocantes. Los propagandistas del satanismo o de religiones neopaganas aluden siempre a la experiencia de libertad. En los países escandinavos crece la popularidad de los cultos naturistas precristianos, aun sabiendo que, como sucedió con los druidas, tales cultos incluían sacrificios humanos. ¿Por qué todo esto? ¿Locura colectiva?

¿Hastío de un mundo donde todo está tan resuelto que ya aburre? ¿Revancha del diablo y sus secuaces?

Creo que hay unas tres claves de comprensión que pueden ser útiles.

1. Entre los antiguos griegos y romanos la misericordia tenía en realidad mala prensa. Ser compasivo era ser un blandengue, un manipulable. El mundo pagano ha sido siempre un mundo donde priman la dureza y la capacidad de luchar por lo propio, sin miramientos ni leyes últimas. Los héroes del mundo clásico, por ejemplo en Homero, son gente que gravita básicamente entorno a su propio querer, aunque luego resulte, en reduplicación de la ironía, que su querer no era suyo sino de algún dios o diosa. El retorno al paganismo, al naturismo en cuanto culto, o al satanismo incluso, es en parte un anhelo de recobrar esa capacidad de unificar la voluntad en una resolución intensa y eficaz.

2. La fortaleza, como dijo Santo Tomás, no es sólo capacidad de empeñarse en cosas arduas, sino también la cualidad de resistir el embate de las adversidades. La gente que se rodea de fealdad está tratando de hacerse fuerte también en este sentido: intentan conjurar todos los miedos posibles; quisieran mirar incluso a la muerte a la cara, pues suponen, y en ello hay algo de lógica, que si uno aguanta la mirada gélida de la muerte, uno puede aguantarlo todo. De aquí toda esa necrofilia estética y esa especie de gusto por lo desmañado, lo horrendo o lo trágico.

3. Todo este neopaganismo es a la vez fruto y semilla de soledad. Es el desamparo emocional en que crecen millones de personas, especialmente en los países llamados desarrollados. El lenguaje de la muerte y el enfrentarse a lo horrendo les hace sentir que están pisando tierra firme, porque su realidad lo que les grita es eso: soledad y abandono. Muchos de ellos sienten una rabia infantil y mal argumentada contra el cristianismo, al que calificarían, con Nietzsche o Schopenhauer, como una ilusión culposa o punible de la mente humana. Sienten que la lógica real, la del mundo y la vida, es la de una naturaleza implacable, un universo anónimo y una sociedad rapaz, y piensan que para encarar una vida así sirve más acostumbrarse al hedor de las tinieblas.

Hay sin embargo otro modo de abordar las demandas en parte justas de toda esta generación de adoradores de lo feo. Isaías dijo que el Mesías estaba tan deforme que "ni siquiera parecía humano." De ese verso queremos hablar, y lo haremos, con el favor de Dios.

4. La fealdad de la Cruz

Cuando se quiere hablar de los signos de la presencia de Dios en el mundo suelen escogerse parajes hermosos y solemnes: una puesta de sol, una flor bellísima, el rostro perfecto de un niño o de una niña. La Biblia, sin embargo, piensa diferente. La máxima revelación de Dios acontece en la deformidad de un hombre torturado, en la fealdad de una cruz de espanto, en la monstruosidad de una condena injusta y en un baño de sangre que espanta y aterra.

Isaías lo había anunciado (capítulo 53, 1-3):

¿Quién va a creer lo que hemos oído?
A quién ha revelado el Señor su poder?
El Señor quiso que su siervo
creciera como planta tierna
que hunde sus raíces en la tierra seca.
No tenía belleza ni esplendor,
su aspecto no tenía nada atrayente;
los hombres lo despreciaban y lo rechazaban.
Era un hombre lleno de dolor,
acostumbrado al sufrimiento.
Como a alguien que no merece ser visto,
lo despreciamos, no lo tuvimos en cuenta.

Por supuesto, hay mucho más que despliegue de fealdad en la Cruz de Cristo. Es ella ante todo el despliegue de un amor inconmensurable: un amor que revela la fealdad de nuestro ser desfigurado al mismo tiempo que lo transfigura y renueva. Así continúa Isaías (53, 4-5):

Y sin embargo él estaba cargado con nuestros sufrimientos,
estaba soportando nuestros propios dolores.
Nosotros pensamos que Dios lo había herido,
que lo había castigado y humillado.
Pero fue traspasado a causa de nuestra rebeldía,
fue atormentado a causa de nuestras maldades;
el castigo que sufrió nos trajo la paz,
por sus heridas alcanzamos la salud.

Debemos decir entonces que la fealdad de la Cruz es realismo, porque es la revelación de una verdad. Si nos parecen horrendas las llagas de Cristo, recordemos que simplemente nos están dejando ver lo horrendo de nuestra condición pecadora, pues fue el pecado quien labró la Cruz para Cristo: la traición, el egoísmo, la codicia, el orgullo, la mentira, y muchas más obras de las tinieblas forjaron esa Cruz.

Pero esa no es toda la realidad. Si es real nuestra miseria, es real también la misericordia del Altísimo, y eso también lo revela la Cruz. Es así que lo más feo es ahora signo de lo más hermoso, y lo más espantoso ya no es fuente de terror sino anuncio de paz.

Hay en esto una pedagogía que creo que debemos traducir a la evangelización. Estoy convencido de que la Cruz, con su esplendor y elocuencia singulares, debe estar mucho más presente en la predicación y la vida de la Iglesia. El alma humana necesita de la Cruz para no adorar calaveras mudas sino a la Palabra Encarnada, la que muriendo nos dio vida y padeciendo nos libró de la muerte.

5. Una nota sobre el arte abstracto

Surgen de tanto en tanto discusiones sobre la relación entre el arte y la belleza. Hay todo tipo de posiciones. Algunos dicen, por ejemplo, que el arte tiene una función social y no solamente recreativa. Esta postura sigue así: Si se tratara de recrear simplemente, todo arte debería ser agradable. Pero el arte es más que eso: hace pensar, abre puertas hacia mundos inexplorados que conviven próximos pero ocultos al mundo obvio y a la vez opaco en que vivimos.

De la mano con esta postura va la tendencia hacia un arte no-representacional, esto es, un arte que no se limita a reproducir o representar el mundo, como fue el ideal de los grandes retratistas y paisajistas. Para tener un nombre general, estamos refiriéndonos aquí a lo que los legos llamamos "arte abstracto."

Sé que es inútil tratar de discutir si es bello o feo el arte abstracto, ya se trate de colores en un lienzo, tonos en una pieza musical, o coreografías u obras de teatro contemporáneo. Si preguntáramos a un autor de este tipo de arte sobre la fealdad o belleza, es probable que se encogiera de hombros y dijera: "Eso no entró en mis consideraciones."

¿Significa que entonces cualquier cosa pueda llamarse arte? ¿O queda el arte al arbitrio de lo que los críticos de arte digan que es arte? Hay historias tragicómicas: cuadros costosísimos que han sido hechos por chimpancés o por bebés; melodías diseñadas por computador usando algoritmos de azar, etc.

Lo que esas historias enseñan es mucho más que anécdotas. El punto es si hay una relación intrínseca entre belleza y medida, y también entre belleza y esfuerzo. En realidad estas dos cuestiones están relacionadas. Si alcanzar la belleza supone lograr un estándar alto y arduo, es evidente que no cualquiera puede lograrlo. Y esa frase sintetiza algo interesante: el arte (si es que no queremos hablar de "belleza") debe ser algo que "no cualquiera" puede hacer. Si puedo emborronar un lienzo y colgarlo en la sala de mi casa no siento que eso sea "arte." El arte debería abrir puertas hacia lo distinto, lo recóndito, lo que no es obvio, lo extraordinario.

El arte representacional logra tal meta de un modo directo: me admira el David de Miguel Angel y soy plenamente consciente de que jamás yo podría hacer algo así. Pienso además, con toda razón, que muy pocas personas vivas podrían lograr algo siquiera parecido. Ello despierta un tipo de admiración singular: siento que al ver al David estoy viendo algo único, y que es un regalo poder contemplarlo. Si yo mismo, en cambio, o cualquier vecino de mi barrio puede hacer arte, ¿qué hay de admirable en ese arte nuestro?

Ahí radica el problema del arte de lo feo. Mi postura es que el único arte que tiene larga vida es el arte que está conectado de alguna forma con la belleza, porque el arte feo termina siendo arte que cualquiera puede hacer, y con ello se pierde la dimensión de admiración, que es esencial para la supervivencia de la actividad creadora del artista. Hay muchas formas de ser feo y muy pocas de ser realmente bello: es inevitable entonces que lo feo se vuelva ordinario. Y es inevitable que lo ordinario ya no sea considerado artístico.

Lo feo puede impactar, admitámoslo. Si un cantante de rock se perfora la lengua y sangra profusamente en medio de un "concierto" eso hará delirar a unos miles de sus seguidores pero es poco probable que el charco macabro inicie una escuela de linguo-perforados que vaya más allá de unas cuantas anécdotas. Como una consecuencia, la espiral de lo feo y lo bizarro pronto engulle la vida de sus cultores, que acaban suicidándose cultural o incluso físicamente.

No hablamos, sin embargo, de cualquier fealdad, porque hay fealdades notables que tienen como su propia y solemne hermosura. Las grandes obras del teatro griego antiguo o los dramas de Shakespeare son "feos," en algún sentido, porque nos estrellan con lo trágico de la existencia y porque nos obligan a descender a las simas retorcidas del alma humana. Y sin embargo, hay que ser Esquilo o Shakespeare para escribir algo así. Otro tanto puede decirse de las Pinturas Negras de Goya o de aquellos acentos de Neruda: "Puedo escribir los versos más tristes esta noche..."

Por contraste, no importa con cuánto estilo una persona reviente una guitarra eléctrica en un escenario o con cuánto talento le de una patada a un micrófono, yo siempre siento que soy bueno para patear micrófonos y destrozarse guitarras.

Es lo que siempre sucede: los grafitis obscenos de Pompeya ya no tienen poder en nosotros. Son anécdotas. Ese destino, creo yo, tendrán las calaveras y cadenas, los tatuajes y piercings, algunos ruidos que pasan por CDs y varias vergüenzas que se venden a precios absurdos.

Pero, una vez más, no debemos dejarnos confundir: hemos venido hablando de tres cosas diferentes: arte "abstracto," arte "ordinario" y arte "feo." Lo que parece demostrado es que los dos últimos se terminan confundiendo. La salida, pues, para el arte abstracto, o en general, para el arte no-representacional, está entonces en llevar noticia de algo extraordinario, algo que imponga una medida notable y en todo caso sobresaliente. Yo diría que Mondrian es un ejemplo de ello.

También es lo que uno ve en buena parte del arte islámico. Por razones religiosas al musulmán le está prohibido hacer arte representacional pero eso no ha sido obstáculo para alcanzar cotas extraordinarias, como afirmará sin reato quien se haya asomado al legado mozárabe, por ejemplo en España. ¿El resultado? Arte que se admira y perdura.

6. ¿Una Vida Perfecta?

Nuestra búsqueda de lo bello y lo placentero puede conducir a extremos paranoicos. Hay papás obsesionados con dar a sus hijos una educación que sea perfecta, un salud que nunca falle, un entorno donde nada pueda perturbarles. En la persecución de este ideal terminan aislando a los niños de todo lo que pueda ser feo, duro, preocupante o doloroso. Los frutos de este modo de obrar son más que

cuestionables. Parece que lo feo es importante y que vivir en una burbuja rosada no funciona.

En ese punto creo que estemos todos de acuerdo. Más difícil es determinar cuál es la medida "pedagógica" de fealdad que hará bien a las mentes jóvenes.

Por otra parte, ya hemos subrayado en estas reflexiones que hay cierta propensión en los mismos jóvenes a buscar lo horrendo, lo macabro, lo cruel. Muchos de los juegos electrónicos avasallan los sentidos con pesadas cargas de dibujos, sonidos y situaciones en las que el pavor y el dolor son continuos: a veces parece que son el objetivo único del juego: matar, matar y matar.

Es posible, sin embargo, que las dos cosas vayan unidas. Es posible que un chico metido en un mundo rosa, ficticio y anodino, busque en la "virtualidad" lo que la "realidad" le está ocultando. Es como si el corazón humano supiera que la vida de todos modos es dura, y que si a uno lo tratan de esconder de esa dureza hay que reencontrarla con la misma urgencia con que uno busca piso cuando está a medio sumergir en cierta profundidad de agua.

Los papás consentidores pueden fácilmente creer que aman mucho, pues en su concepto lo que están haciendo es proteger, y esto es muy propio del amor. Sin embargo, podrían estarse engañando y su amor podría ser una expresión de egoísmo, en versión familiar. Hay que recordar, en efecto, que aunque "ego" se refiere a un único "yo," lo cierto es que hay egoísmos compartidos, que son como pactos implícitos que cierran a una pareja, una familia o un grupo de personas sobre sus propios intereses.

Las burbujas rosadas suelen contener intereses familiares de esa clase: cosas que son muy razonables y comprensibles... cuando uno está adentro de ellas. Es el ideal de una vida "apenas con lo normal y lo necesario" pero eso normal es definido desde adentro y en función de autoperpetuarse. Así vemos que una vida con aficiones costosas, viajes frecuentes, comidas de lujo y un guardarropa atorado de novedades es algo "apenas normal" para esta clase de personas. Por lo mismo les resulta casi imposible comprender que sus hijos lleguen al extremo de cometer ciertas "locuras" como drogarse, entrar a una secta satánica o resolverse a cometer suicidio.

Yo creo que hay mucho de válido en la crítica que Levinás y otros han hecho a esa moral construida de adentro hacia fuera, incluso si ese "adentro" tiene de sí mismo

la opinión de que es muy racional (y hasta muy católico). Para Levinás la moral implica el rostro de aquel a quien no he querido ver, aquel a quien suelo excluir, porque su raza, pensamiento, pobreza o etnia me lo hace odioso o incómodo.

Ser "correcto" según este modelo moral de Levinás es pasar por la aduana de lo "feo." En el espejo narcisista del mundo rosa que he labrado para mí es fácil sentirme aprobado y aplaudido. El gran reto es mirar el rostro feo, el rostro del hermano a quien yo no quisiera ver, y descubrir ahí cuánto es preciso crecer y cambiar todavía.

7. Vidas Irreprochables

Después de lo dicho, parece impracticable el camino que propone san Pablo cuando dice:

Y aunque vosotros antes estabais alejados y erais de ánimo hostil, ocupados en malas obras, sin embargo, ahora El os ha reconciliado en su cuerpo de carne, mediante su muerte, a fin de presentaros santos, sin mancha e irreprochables delante de El (Col 1,21-22).

Hay un ideal de belleza interior o espiritual aquí presente, sintetizado en la expresión "sin mancha." Creo que este adjetivo (en griego, *ámomos*) era bien querido para Pablo, pues lo usa en varios de sus escritos, pero es probable que fuera bien común en la predicación original de los Apóstoles, pues en el Nuevo Testamento se le halla también en Ef 1,4; 1 Tt 6,14; Heb 9,14; St 1,27; 1 Pe 1,19; 2 Pe 3,14; Jud 1,24; Ap 14,5.

Uno tiende a asociar a la santidad con la idea de la virtud o la bondad. No menos importante es, según vemos, que la vida se vuelva bella y no sólo buena. Por otra parte, ya esta asociación era familiar entre los griegos que espontáneamente describían a la gente honorable o noble como "buena y bella." Rastro de lo mismo se haya entre otras lenguas en el inglés, que usa el adjetivo "beautiful" para casos en que nosotros los hispanohablantes no lo usaríamos, por ejemplo: "beautiful soup."

Describir una vida santa como "bella" abre claves de comprensión fecundas. La lucha por ser buenos nos lleva a fijarnos objetivos concretos: metas para lograr, vicios que erradicar, virtudes que adquirir. Esto es necesario pero puede hacernos perder

la visión de conjunto. Una vida no es bella si es desproporcionada. La mucha generosidad no es hermosa si no va unida a genuina sinceridad, pureza de corazón, sentido de la justicia, perseverancia en las dificultades, y así sucesivamente.

De otra parte, la búsqueda de la verdadera belleza hace desconfiar de la trivialización a que conduce lo simplemente grato o sensual. La belleza en su sentido más alto nos une al ideal de la contemplación, invita a la reconciliación entre sentidos y razón, abraza en un mismo camino a Oriente y Occidente, trasciende las limitaciones inherentes a toda teoría puesta en palabras, crea sentido profundo de comunión más allá de fronteras y siglos, y hace pregonar en algo la eternidad.